

19º Capítulo del Abad General para el CFM – 15.09.2012

“El octavo grado de humildad es que el monje en nada se salga de la regla común del monasterio, ni se aparte del ejemplo de los mayores” (RB 7,55).

Con este grado de humildad, tras los precedentes que parecen desequilibrarse hacia extremidades peligrosas, de vértigo, san Benito parece querernos reconducir al nivel de lo cotidiano. Es como durante un paseo por la montaña: hay sendas al borde de precipicios o sobre las cimas en las que aumenta en nuestro cuerpo la secreción de adrenalina. Después se vuelve a senderos normales, cotidianos, familiares. Pero el hecho de haber pasado por puntos inaccesibles nos deja dentro una energía nueva para recorrer los senderos más fáciles

Un famoso alpinista suizo, entre los pocos que han escalado las 14 cimas de más de 8.000 metros, sin bombona de oxígeno, me decía que allí arriba se está fatal, pero después, cuando se desciende, se tienen muchísimas energías porque el cuerpo se ha acostumbrado a producir más glóbulos rojos. Este alpinista murió el año pasado durante una sencilla excursión a la montaña. Como el cosmonauta Gagarin, que fue el primero en navegar al espacio y después murió pilotando un pequeño avión...

Lo cotidiano parece fácil de recorrer, pero se puede caer también, se puede resbalar y precipitarse también en el sendero de lo cotidiano.

Juan Pablo II dijo en Nursia, el año 1980, hablando de san Benito: “Era necesario que lo heroico se hiciese normal, cotidiano, y que lo normal, lo cotidiano, se hiciese heroico.” (Nursia, Homilía, 23 de marzo de 1980).

Pienso que es precisamente la humildad el secreto de esta heroicidad en lo cotidiano. Así, podemos decir que la heroicidad pedida, por ejemplo, en el cuarto grado de humildad, pero también en otros capítulos un poco extremos de la Regla, como el 68 sobre los “mandatos imposibles”, san Benito nos ayuda a cultivarla en la sencillez de un camino cotidiano. Una sencillez que tiene la forma de seguimiento dócil en la vida normal de la comunidad. Este es el tema del octavo grado de humildad, que parece tan sencillo que corremos el riesgo de no prestarle atención. Sin embargo, si no partimos de aquí, si no aceptamos vivir este nivel sencillo de la ascesis monástica, ningún otro nivel podrá ser alcanzado con verdad. La sencilla vida común es en el fondo la exigencia ascética que todos podemos cumplir, son aquellos gestos y formas de la vida de comunidad que no requieren de por sí un esfuerzo especial, sino la pura y simple voluntad de vivirlos o de no vivirlos. A veces lo decía en mi comunidad: puedo entender que a uno le cueste levantarse cada mañana a las cuatro para las Vigilias, pero que no venga a la media hora de recreo, esto es una falta mucho más grave porque es una elección siempre posible, y si no se hace es porque no se quiere.

“El monje en nada se salga de la regla común del monasterio, ni se aparte del ejemplo de los mayores” (RB 7,55).

En este grado de humildad, en el fondo, se nos pide vivir la infancia espiritual: “En verdad os digo: si no os convertís y volvéis a ser como niños no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). Porque el niño, por naturaleza, crece siguiendo a quien es más grande que él y se desarrolla asimilando los usos y las costumbres de su familia. También nosotros no llegamos a ser monjes y monjas con razonamientos y teorías sobre

la vida monástica, sino viviendo en el monasterio, en una comunidad que tiene sus tradiciones, su regla, sus usos y, sobre todo, sus superiores y ancianos, es decir, quien ha hecho y vive la experiencia monástica antes de nosotros.

Este grado es, en el fondo, el grado de la comunión que acoge e integra a cada monje en el cuerpo de la comunidad. Es el grado de humildad de la pertenencia, de la comunión. El grado de humildad que se contrapone a la singularidad, a la autonomía, al deseo de distinguirse por ser superior a los demás. A menudo se está más fácilmente dispuesto a las humillaciones y penitencias extremas, que a seguir esta vida de humildad en la vida diaria, porque este grado es aquel en el que no se nos distingue de los demás, en el que no se sobresale, en el que no se es notado más que otros miembros de la comunidad.

San Benito nos recuerda que la verdadera tradición monástica no se transmite a través de escritos y teorías, sino de experiencia de vida a experiencia de vida. La vida monástica, como toda la vida cristiana, siempre se transmite de una vida en común, incluida la vida eremítica, como nos lo recuerda san Benito (cfr. RB 1,3-5).

Cada uno de nosotros se deja integrar en la vida monástica en la medida en que se expone con fe a la exhortación, a la "*cohortatio*", utilizando el término empleado por san Benito, que nos viene de la regla común del monasterio y de los ejemplos de los más ancianos. Pero también esta es una elección de nuestra libertad. La regla común y el ejemplo de los padres y madres no se nos imponen: son una exhortación, una invitación a crecer, a seguir, a hacer un camino como ellos, pero, sobre todo, con ellos. La humildad está en el reconocer que tenemos necesidad de una compañía madura para realizar nuestra vocación, para crecer y madurar.

Como decía, este es quizá el grado de humildad más... humilde, que se hace notar menos, que no sobresale. Si os preguntase el primer grado de humildad que os viene a la mente, creo que ninguno pensaría automáticamente en este. Es un grado sumiso, sencillo, cotidiano, que no impresiona. Sin embargo, es el grado más importante. Diría que si existieran todos los demás y faltase este, toda la escala de la humildad caería, caería a pedazos, porque sin vida común, sin unidad fraterna, sin el ejemplo de los hermanos y hermanas sin comunión real y diaria, nada es verdaderamente real en nuestra vida y vocación.

Sin este grado, seremos miembros sin cuerpo. Quizá conseguiremos hacer algún gesto y movimiento, como se mueve una pata de gallina aún después de ser cortada, pero no estaremos verdaderamente vivos, y lo que hagamos no tendrá sentido, no servirá para nada. Los miembros están vivos y son ellos mismos en la comunión con un cuerpo. La pertenencia a la comunidad nos transmite la vida y el sentido de lo que somos y debemos ser, de nuestra vocación.

Dicho esto, creo que este grado de humildad debería ser, ante todo, materia de meditación constante en las comunidades. Toda comunidad debería preguntarse si en ella hay una "regla común", un proyecto de vida común, a proponer a cada uno de sus miembros. Cada comunidad debería preguntarse si existen y maduran en ella los "ancianos", cuyo ejemplo es una verdadera y fascinante exhortación para los más jóvenes. Toda comunidad debería preguntarse si toda su vida es para cada miembro, nuevo o viejo, una exhortación a crecer y realizarse en la comunión fraterna y con Dios.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist